

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica **1930** Sábado 22 de Febrero

Núm. 8

Año XI. No. 480

SUMARIO

Don Quijote Bolívar.....	Miguel de Unamuno	El poeta Armando Godoy.....	Max Jiménez
Una vida luminosa.....	Fernando de los Ríos	La sima.....	Pío Baroja
Cossío.....	Azorín	Poemas.....	Armando Godoy
Al pensar en los jóvenes...	Juan del Camino	Bibliografía titular.	
Testimonios.		Mr. Hill, el Dr. Mendoza y don René Keilhauer.....	A. Viera Altamirano
Un rey de hombres: Georges Clemenceau.....	Alberto Gerchunoff	Tablero (1930).	

CUANDO me pongo a escribir estas líneas sobre Bolívar, uno de los más grandes y más representativos genios hispánicos, arde la guerra, una guerra tan metódica como cruel, en lo mejor de Europa. Y a través del fragoroso polvo de esta guerra, tan largos años meditada y preparada, se me aparece más grande, mucho más grande la figura de nuestro Bolívar, como guerrero, como estadista, como creador de patrias, y sobre todo y ante todo como hombre.

Bolívar fué un maestro en el arte de la guerra y no un catedrático en la ciencia—si es que es tal—de la milicia; fué un guerrero más que un militar, como decía Ganivet que suele ser el español; fué teatral y enfático, tal como es naturalmente y sin afectación su raza, nuestra raza, pero no fué un pedante. Bolívar fué un hombre, todo un hombre; un hombre entero y verdadero, y ser todo un hombre es más, mucho más que ser *Uebermensch*—lo dejaré, para mayor oscuridad, en alemán—, una mera abstracción nietzschiana, de los que quieren y presumen, pero no logran. Bolívar era de la estirpe de Don Quijote, el de los bigotes grandes, negros y... caídos.

El capitán general inglés C. G. Gordon, el héroe de Jartún, estando sitiado por las huestes del Mahdí en esa ciudad sobre el Nilo en que muriera, llevaba un Diario que ha llegado hasta nosotros. Y el día 13 de Septiembre de 1884 escribía en él:

«Me parece que en vez de la táctica o los libros sobre el arte de la guerra deberíamos hacer que nuestros jóvenes oficiales estudiaran las *Vidas* de Plutarco; sería mejor. Vemos allí a hombres no sostenidos por nuestra verdadera fe, a paganos, haciendo, como cosa corriente, el sacrificio de sus vidas, cuando en nuestros días el mayor mérito es no escapar».

Sin duda alguna que Bolívar leía, como acostumbraban a leer Miranda y San Martín, las *Vidas* de Plutarco, pues su educación había sido enteramente plutarquiana y los dejos de su estilo, tan de transición del siglo XVIII al XIX, lo son. No puede haber duda de que su maestro, D. Simón Rodríguez, le plutarquizó rousseauizándole. En sus conversaciones mencionaba a Licurgo y a Catón (v. *Diario de Bucaramanga*, pág. 71).

En su correspondencia también menciona, a menudo, a los héroes de Plutarco. Así, el año de 1820, en carta al general Carlos Soublette, dándole cuenta de las ocurrencias políticas de España—insurrección de Quiroga y Riego y jura por Fernando VII de la Cons-

Don Quijote Bolívar

=De la valiosa compilación de monografías titulada *Simón Bolívar*, por los más grandes escritores americanos. Edición de R. Blanco-Fombona. RENACIMIENTO. Madrid. 1914.=



Bolívar en 1825, cuando culminaba su carrera política.

Del natural, por Gil

De la pintura de Gil, se expresó el Libertador en estos términos, en carta de Potosí, agosto 10-1825, a Sir Robert Wilson: "Me tomo la libertad de dirigir a Ud. un retrato mío, hecho en Lima con la más grande exactitud y semejanza".

titución—termina quejándose de lo mal que le secundaban a él sus colaboradores, «del imperio de la apatía», y agrega: «¡Y después querrán gobernar, y después intrigarán, y después mandarán, y después harán morir como a Milcíades a los libertadores de la patria!» (*Cartas de Bolívar, 1799-1822*, pág. 289).

Y aquel maestro en el arte de la guerra y en el de hacer patrias, que no catedrático de

la problemática ciencia militar, conocía a los hombres, que vale más que conocer soldados. Como que eran hombres, hombres de verdad y no máquinas, no números de regimiento, los que guiaba a la victoria o a la derrota.

Querer aplicar al estudio de un hombre así, a un hombre, a un héroe, los procedimientos lombrosianos, como lo ha intentado el doctor P. M. Arcaya, me parece una pedantería y nada más. Bolívar no era otro doctor—doctor en milicia—; Bolívar era un hombre que hacía la guerra para fundar la única paz duradera y valedera, la paz de la libertad.

E hizo la guerra puede decirse que solo, sin Estado Mayor, a lo Don Quijote. La humanidad que le seguía—humanidad y no mero ejército—era su Sancho.

No, Bolívar no fué nunca pedante, nunca doctor, nunca catedrático. Fué teatral y enfático, cierto es, como don Quijote, como su casta española, con teatralidad y énfasis perfectamente naturales y espontáneos. A un francés que me hablaba una vez del énfasis español hube de atajarle diciéndole: «en los espíritus de naturaleza enfática, el énfasis es natural... ahora, siga usted».

Con Don Quijote comparé a Bolívar hace unos años y quiero volver a esa comparación y repararla.

«L...», dijo entonces S. E.—es decir, Bolívar—, es malo, es hombre sin delicadeza y sin honor; es un fanfarrón lleno de viento y vanidad; es un verdadero Don Quijote.» Así nos asegura Perú de Lacroix en su *Diario de Bucaramanga* que dijo una vez el Libertador. Donde aparece nuestro Don Quijote completamente desfigurado. Pero es que al decir eso hablaba Bolívar sin duda acomodándose al vulgar y corriente, aunque falso, concepto de nuestro Caballero, y no al que tenía él mismo, Bolívar, que leyó como último libro, dicese, la historia de nuestro Don Quijote, en un ejemplar que un español—el marqués de Mier—le regalara y en cuya casa murió.

Su físico mismo, tal como nos lo describen el francés Perú de Lacroix y el inglés O'Leary, ambos oficiales, y luego biógrafos de Bolívar, tiene no poco de quijotesco. «Bolívar tenía la frente alta—escribe O'Leary—, pero no muy ancha, y surcada de arrugas desde temprana edad; pobladas y bien formadas las cejas; los ojos negros, vivos y penetrantes; la nariz larga y perfecta; los pómulos salientes; las mejillas hundidas, desde que le conocí en 1818; la boca fea...» La estatura de Bolívar era algo cesárea, y la de Don Quijote muy prócera;